

DOS NARRACIONES DE AL YAHIZ, PROSISTA CLÁSICO DEL SIGLO IX

Traducción del árabe, notas y comentarios por
MANUEL RUIZ FIGUEROA
El Colegio de México

Introducción

LA POESÍA fue por mucho tiempo la forma preferida y dominante en la literatura árabe. Por medio de ella se narraban y ensalzaban las gestas de la tribu preislámica y de sus héroes. Bien conocidas son las odas preislámicas, sus autores famosos y el lugar desmesuradamente grande ocupado por los poetas en la escala social de la tribu. Una tribu sin poeta era una tribu sin protección y sin honor. El poeta, dotado de conocimientos sobrenaturales en cuanto poseído por un genio (yinn), celebraba los triunfos de la tribu y acompañaba a los guerreros al combate, donde con la fuerza mágica de sus palabras y maldiciones causaba un daño irreparable al enemigo.

En las grandes ferias sobre todo la de más renombre, la de Ukaz, concurrida por todas las tribus, se celebraban competencias literarias cuyo premio consistía en colgar en la Kaba de la Meca las mejores poesías grabadas en letras de oro, según reza la leyenda. La prosa como forma de expresión literaria fue muy poco usada. En los medios religiosos, los guardianes de santuarios y adivinos expresaban sus oráculos en forma rítmica, el say' o prosa rimada. El Corán mismo adoptó este uso, sobre todo en las primeras revelaciones, lo que provocó que Muhammad fuera tachado de

poeta, es decir, de poseído por un *ÿinn*. Muhammad, sin embargo, paulatinamente disminuye el uso del *saÿ'*, aunque sin abandonarlo del todo. El famoso "discurso de despedida" del profeta, pronunciado después de su victoria en la Meca (632 d.c.) parece ser uno de los primeros ejemplos de prosa oratoria. Al secundar el ejemplo del profeta, la oratoria favoreció la adopción de la prosa en la literatura árabe. Entre los casos más salientes de prosa oratoria hay que mencionar el discurso de Abū Bakr después de su elección en Medina,¹ el de 'Ā'isha, la esposa predilecta del profeta, en ocasión de la Batalla del Camello,² y sobre todo del famoso Al-Haÿÿāÿ b. Yūsuf, hombre recio y sin escrúpulos, que pronunciara en la mezquita de Kūfa al ser nombrado gobernador de la provincia de Iraq por el califa 'Abd al-Malik. Tal discurso nos ha sido preservado en toda su fuerza y belleza por el historiador Al-Tabari en sus *Anales*.³ Sin embargo, fueron las prácticas administrativas y burocráticas del Imperio, las que quizá en mayor grado que la oratoria impusieron el empleo regular de la prosa.

El contacto con pueblos extranjeros, principalmente Bizancio y Persia, y sus desarrollados métodos para administrar sus imperios influyeron para que los califas omeyas, y después en forma más organizada los abasíes, se sirvieran de la prosa para fijar por escrito contratos, órdenes e instrucciones a gobernadores de provincia, crónicas y anales de sus reinos. Fue la correspondencia epistolar pública y privada la que contribuyó en forma más directa a la creación de una prosa árabe en gran parte independiente de los modelos poéticos. Y esto sólo en parte, ya que la lengua árabe se presta fácilmente a satisfacer el sentido de la rima y del ritmo imponiendo a la prosa un cierto manierismo retórico en busca sobre todo de bellos efectos sonoros, lo que puede advertirse todavía en la prosa moderna.

¹ Conservado por Ibn 'Abd Rabbihi (m. 328/940) en su *Iqd al-Farid*, vol. IV, pp. 143s. El mismo autor ha conservado, muchas de las *jutbas* (discursos en la asamblea de los viernes) de los primeros califas y compañeros del profeta.

² *Iqd al-Farid*, IV, p. 213.

³ Traducido p. E. Dermenghem, *Les Plus beaux textes arabes*, pp. 68ss.

Sin embargo, una vez establecida, la prosa fue el vehículo en todos los terrenos y para toda clase de obras, filosofía, teología, geografía, historia, misticismo, etc.

Entre los más destacados escritores de correspondencia epistolar cabe señalar a dos secretarios. El Kátib 'Abd al-Hamid ben Yahya de los últimos años de los omeyas y al Kátib Sahl ben Harūn, secretario de los famosos vizires barmequies y después del califa abasí Al-Ma'mūn.

Entre los secretarios de los abasies, encontramos también a Ibn al-Muqaffā (m. 759) a quien se suele considerar como el creador de la verdadera prosa árabe, si bien era de origen persa. Además del género epistolar, Ibn al-Muqaffā es reconocido por el cultivo del género de *adab* (bellas letras, si bien la de *adab* es una noción más compleja), antologías donde se mezclan biografías, anécdotas, críticas y digresiones variadas. Es precisamente en este terreno donde más se hacen evidentes las tradiciones persas o hindúes. Ibn al-Muqaffā, en efecto, inició una serie de traducciones del pahlavi al árabe de obras hindúes y persas, además de otras obras originales en árabe, que en conjunto dieron carta de ciudadanía a la prosa y marcaron un sendero para escritores posteriores.

Un siglo más tarde, nos encontramos con Al-Yāhiz (m. 869), autor de los textos cuya traducción presentamos.

Nacido en Basra, donde murió a la edad de 96 años y donde recibió su educación con los mejores maestros de literatura, filosofía, teología y ciencias naturales, de formación vasta y variada, adquirió una verdadera cultura enciclopédica como lo muestran sus obras sobre los temas más diversos:

El libro de los animales (zoología), *El libro de la claridad y esclarecimiento* (retórica y cultura literaria), *El libro de los avaros*, *Los legítimos y los bastardos*, *La gloria de los negros y los rojos*, *Los méritos respectivos de las mujeres y los hombres*, *Los árabes y los no árabes*, *El elogio del comercio y censura de los funcionarios*, *Los méritos respectivos de los tíos paternos y de los tíos maternos*, *Los ídolos*, *Los metales y las minas de la tierra*, *La diferencia entre los*

ġinns, los hombres y los ángeles, Elogio y censura de la ciencia, La amistad y la frecuentación, etc.

Al-Yāhiz no parece haber viajado mucho, aunque visitó Antioquía, Damasco y El Cairo y permaneció por un tiempo más largo en Bagdad, donde conoció a varios califas. Entre éstos a Al-Ma'mūn quien lo llamó como secretario, pero tres días más tarde Al-Yāhiz renunció al cargo por amor a la independencia.

Físicamente de aspecto más bien grotesco, de baja estatura y ojos muy salientes como los de una rana, característica esta última que explica su apodo de "al-yāhiz" (el de los ojos exorbitantes). Su fealdad física, sin embargo, se vio ampliamente compensada por una inteligencia penetrante, juicio seguro, observación psicológica profunda y sentido realista. Poseía además una ironía fina y aguda de la que pocos personajes, importantes o no, se salvaron y que le valió la enemistad de muchos que por venganza no dudaron en desprestigiarlo, calumniarlo e incluso acusarlo de herejía (*zandaqa*, maniqueísmo). No obstante, no le faltaron admiradores poderosos que lo protegieran y ayudaran generosamente.

Sus amplios intereses, que a veces lo llevan a la superficialidad, y su libertad de espíritu dispuesto a mofarse de todo, se evidencian también en el terreno religioso, donde naturalmente formaba parte de la escuela *mu'tazila* y dentro de la cual formó una nueva corriente que llevó su nombre.

En cuanto prosista hay que reconocerle categoría de primer rango. Su prosa suele considerarse aún inigualada en la literatura árabe. De estilo natural y sin afectación que fluye rápidamente en frases cortas, elegantes y claras; no muy cuidado a veces, siempre seguro de la lengua, hábil para describir, argumentar o narrar con vivacidad. Su riqueza de expresión, su realismo, al punto de reproducir el lenguaje del pueblo con sus incorrecciones propias, y su forma segura y agradable, han suscitado numerosos discípulos e imitadores a través de todos los tiempos.

Si Ib al-Muqaffā fue el creador de la prosa, es cierta-

mente con Al-Yāḥiẓ cuando ella alcanzó una de las cimas más altas de la literatura árabe. Es por eso que hemos seleccionado este prosista, aunque sea sólo con dos textos muy breves. El primero ha sido tomado del Kitāb al-Ḥayawān (libro de los animales) y el segundo del Kitāb al-Bujalā (libro de los avaros).

"El Cadi de Basra y la mosca"

Al-Yāḥiẓ, de *El libro de los animales*

Teníamos en Basra un cadi * llamado 'Abd Allā Ibn Sawwār, un magistrado tan grave, compuesto, digno y paciente, con tal control de sí mismo y meticulosidad de sus movimientos, como nadie había visto uno igual.

Solía rezar la oración de la mañana en su casa, a pesar de la cercanía de la mezquita; se dirigía luego al tribunal y se sentaba¹ sin apoyarse en cosa alguna, permaneciendo rígido, sin mover un miembro, sin voltear a los lados, sin relajar su postura, sin cambiar la posición de sus piernas, sin inclinarse a un lado, hasta el punto de parecer una estatua o una roca inamovible.

Así continuaba hasta el medio día, cuando se levantaba para la oración y regresaba en seguida a su puesto, donde permanecía del mismo modo hasta la oración de la tarde. Alguna vez, o más bien con mucha frecuencia, regresaba para despachar asuntos o contratos que habían quedado pendientes, rezaba la última oración y se retiraba. Dicho sea en honor a la verdad, durante todo el tiempo que duró en sus funciones no se levantó una sola vez para ir a lavarse² y no tenía necesidad, ya que no bebía agua ni líquido alguno. Tal

* El cadi o qādi dentro del islam es el Juez "religioso", o sea el encargado de hacer justicia en asuntos relacionados con la shari'a o Ley religiosa, p. ej., prescripciones familiares legisladas por el Corán, bienes religiosos, etc., mientras que otros asuntos legales (derecho criminal, etc.); se resuelven ante otro tribunal "mazālim".

¹ En la forma acostumbrada o sea con las piernas cruzadas, cubierto con su manto o turbante.

² Es decir, para ir al baño y después purificarse.

era su comportamiento a lo largo del año, en días largos o cortos, en verano y en invierno. Jamás movía una mano, ni hacía indicaciones con la cabeza. Se limitaba a hablar, y en todo caso concisamente, pocas palabras pero llenas de significado.

Estando así las cosas, cierto día, durante una sesión, encontrándose rodeado de sus asistentes y el público delante de él en dos filas, una mosca vino a pararse en su nariz. Ahí permaneció un rato y voló hacia un ojo, deteniéndose justamente en el lagrimal.

Él soportó pacientemente la presencia de la mosca en el ojo, sus mordidas y piquetes, como lo había hecho con igual dominio de sí en la nariz, sin hacer un gesto, voltear la cara o espantarla con un dedo. Como persistiera la mosca importunándolo y le provocara un malestar realmente agudo, y llegara a un punto que le era ya insoportable, cerró el párpado, pero la mosca no se movió. Esto lo llevó a un abrir y cerrar de ojos constantemente. La mosca voló en espera de que cesara el movimiento, y regresó al lagrimal con mayor ímpetu que la vez primera plantándole su aguijón en un lugar ya desde antes dolorido. La resistencia del juez disminuía mientras aumentaba su impaciencia; volvió a mover los párpados acelerando la intensidad del movimiento abriendo y cerrando los ojos. La mosca se alejaba y volvía a su puesto al cesar el movimiento. Tal era la insistencia de la mosca que agotó la paciencia y las fuerzas de nuestro juez, quien creyó necesario alejarla con la mano y así lo hizo. En tanto las miradas de los asistentes estaban sobre él simulando no verlo. La mosca voló por un momento y regresó a su puesto, obligándolo a protegerse con la manga de su manto y a repetir la operación varias veces.

El juez se dio cuenta de que ninguno de sus movimientos escapaba a la observación de sus asistentes y del público, por lo que encontrando sus miradas les dijo: "Doy fe, de que la mosca es más obstinada que un escarabajo y más vanidosa que un cuervo. Que Dios me perdone." "Cuántos hombres están orgullosos de sí mismos, pero Dios les da a conocer su debilidad escondida. Yo sé que se me considera

uno de los hombres más dignos, pero la criatura más débil de Dios me venció y me ha desacreditado." En seguida recitó el verso del Corán: "Y si una mosca viene a robarles algo, no pueden arrebatárselo, débil es el adorador y el adorado."³

*"La avaricia de los habitantes
de Merv"*

Al-Yáhiẓ, de *El libro de los avaros*

Entre las divertidas historias de los habitantes de Merv está una que nuestros ancianos nos contaron hace tiempo. Había un comerciante de Merv que viajaba constantemente para cumplir con el deber de la peregrinación o por razones de comercio y solía hospedarse en la casa de un iraquí que lo trataba generosamente y no permitía que nada le faltara. Constantemente decía a su anfitrión: "Cómo me agradecería verte en Merv para devolverte todas las atenciones que me prodigas desde hace tanto tiempo y compensarte por tus gentilezas en cada una de mis visitas. Aquí, loado sea Dios, no tienes necesidad de mi ayuda." Así pasó mucho tiempo hasta que se le presentó al iraquí un asunto en aquella región. Una de las cosas que le hacían más soportable las fatigas del viaje y la nostalgia de su partida, era la perspectiva de encontrar a (su amigo) de Merv. Apenas llegado se dirigió a su casa con las vestiduras del viaje, es decir su turbante, birrete; vestido para hospedarse en su casa, como se acostumbra entre amigos de confianza o entre familiares. Al encontrarlo sentado con un grupo de amigos, se lanzó sobre él y lo abrazó. Viendo que el de Merv no daba signos de reconocerlo ni le preguntaba si alguna vez se habían visto, el iraquí se dijo: "Quizá no me reconoce a causa de mi velo." Se quitó entonces el velo esperando que el de Merv le hiciera alguna pregunta, pero siguió sin reconocerlo. Se dijo entonces: "Quizá se deba a que me presenté ante él con

³ Corán, 22, 72.

el turbante", y se lo quitó. En seguida le dio su nombre y procedencia pero la obstinación del de Merv en no reconocerlo era más grande. "Será tal vez por el bonete", se dijo. El de Merv comprendió que no le quedaba más excusa para continuar fingiendo y le dijo: "Aun si te quitas la piel no te voy a reconocer."